



El Principito

Antoine Saint Exupery

2

Lo esencial es invisible a los ojos

Comentario de texto de Manuel Ballester
Profesor de Educación Secundaria del IES «Tirant lo Blanch». Elche (Alicante)

III. La libertad, fundamento de la vida del espíritu

Resumen. El aviador necesitó mucho tiempo para comprender de donde venía el Principito. Preguntaba mucho, pero no respondía las preguntas del aviador. Fueron palabras pronunciadas al azar las que, poco a poco, revelaron todo. Así, la primera vez que vio el avión, preguntó:

—¿Qué es esa cosa?

—No es una cosa. Vuela. Es un avión. Es mi avión.

Y me sentí orgulloso de hacerle saber que yo volaba. Entonces exclamó:

—¡Cómo! ¿Has caído del cielo?

—Sí, hice modestamente.

—¡Ah! Qué gracioso...

El Principito entonces se echó a reír, lo cual irritó al piloto pues deseaba que sus desgracias se tomaran en serio. Después añadió:

—Entonces, ¡tú también vienes del cielo! ¿De qué planeta eres? El piloto entrevió ahí una luz en el misterio de la presencia

del Principito. El Principito, mirando al avión, dijo:

—La verdad es que con eso no puedes venir de muy lejos...

El Principito se sumió entonces en un ensueño que duró mucho. Después sacó mi cordero de su bolsillo y se concentró en la contemplación de su tesoro.

Intrigado por esa semi-confidencia sobre "los

otros planetas", se esfuerza por saber más. El aviador comienza a moverse en el ámbito propuesto por el Principito. Habla del cordero, no de los otros planetas:

—... te daré una cuerda para atarlo durante el día.

La idea de atar al cordero hace reír al Principito. El aviador intenta hacerle ver que es conveniente atarlo ya que, de no hacerlo, el cordero se iría por ahí, a lo que el Principito añade:

—Eso no tiene importancia, ¡es tan pequeña mi casa!



Comentario. Antes de comenzar quisiera llamar la atención sobre la presencia de un signo de puntuación inusual: se trata del blanco tipográfico que marca una separación más amplia de lo ordinario entre los dos párrafos que lo circundan y, de paso, separa el texto correspondiente al capítulo en dos partes.

En el resumen precedente he respetado este modo de marcar la separación. Parece sensato seguir esa indicación de Saint-Exupéry también a la hora del comentario que queda, de este modo, dividido en dos partes.

1. El valor de la crisis

El aviador necesitó mucho tiempo para comprender. Querer comprender es la actitud adecuada. Ahí terminaba el capítulo anterior, cuando el sujeto se hace consciente de que es llamado a trascender lo utilitario, lo obvio. Y eso porque ve latir algo más. Y lo ve porque él es capaz de más. Y lo busca. Y la manifestación de esta búsqueda es la pregunta.

El aviador pregunta y el Principito pregunta. Ambos buscan. Pero no se produce el diálogo porque cada uno indaga en un plano distinto. El aviador aún se mueve en el plano de lo utilitario, por eso parece que el Principito no oye las preguntas que se le dirigen desde este ámbito: no busca en primera instancia resolver nada útil. No responde porque para él no constituyen "verdaderas preguntas".

Las preguntas del Principito, por el contrario, siempre hallan respuesta. Proviene del plano superior. Lo superior tiene la iniciativa, busca la elevación de miras de aquel a quien pregunta, aunque pueda parecer ingenua o carente de sentido para quien reside únicamente en el plano utilitario.

Aparece como ingenua, en efecto, la pregunta inicial del Principito referida al avión:

—¿Qué es esa cosa?

Puede parecer ingenua, pero es de una profundidad socrática. Tiene la habilidad de suscitar la reacción adecuada en el aviador, que responde:

—No es una cosa. Vuela. Es un avión. Es mi avión.

Y me sentí orgulloso haciéndole saber que yo volaba .

El aviador protesta por que se califique de cosa al avión. No es una cosa. El avión, lo vimos en el capítulo primero, simboliza la actividad profesional, el ámbito de lo útil. Por eso, cosificar ese dominio equivale a degradarlo, de ahí la desaprobación del aviador.

Frente a la pretendida cosificación alega que el avión vuela. Y no es admisible la cosificación sobre todo porque el piloto se identifica con el avión. Volar es así el símbolo de la actividad creadora. Y si el avión es el símbolo del trabajo, el volar representa la idea de que hay un modo creativo de trabajar o, lo que es lo mismo, que el trabajo puede ser rutina y opresión, pero puede también jugar un papel esencial en la plenificación de la vida humana. Y esto es lo que aparece intuido por el aviador en el dibujo nº 1. Más adelante tendremos ocasión de hablar con más detalle sobre esta cuestión que aquí sólo queda incoada.

El aviador, con tono de condescendencia, ha explicado al Principito que él vuela. Él se mueve en el plano de lo creativo, de lo valioso. El Principito ha logrado, pues, situar la conversación en el plano correcto. Por eso ahora, y no antes, hay diálogo.

El Principito parece sorprendido:

—¿Cómo? ¿Has caído del cielo?

—Sí, hice modestamente

—Ah! Qué gracioso...

Y el Principito soltó una bonita carcajada que me irritó mucho. Deseo que mis desgracias sean tomadas en serio .

¿Por qué se ríe el Principito? Visto objetivamente no hay motivo. Es más, parece inconveniente. Así lo interpreta el aviador. Piensa que la risa del Principito proviene de que no ha tomado en serio su desgracia. Y es seria.

No parece que sea esta la causa de la risa. Hay diversos tipos de risas o risas que obedecen a distintas causas. No es lo mismo la risa que manifiesta alegría que la maliciosa, o la irónica. Y no es lo mismo la risa que la sonrisa. Hay una risa que se opone al llanto y otra, como la presente, que se opone a lo que pretende ser serio,... .

Pero ciñámonos a la risa del Principito en este momento. En un primer momento podría pensarse que la risa del Principito no es ni más ni menos que expresión de la alegría. Alegría porque el aviador se esfuerza por desentrañar el misterio. Eso explicaría algo que algunas versiones españolas pueden oscurecer: en francés se dice que el Principito tuvo un très joli éclat de rire, "una muy bonita explosión de risa", diríamos que estalló a reír de un modo muy bonito. Por eso la palabra carcajada que a veces traduce éclat de rire, puede parecer un tanto desabrida en este contexto. La risa del Principito, aunque lo irritó mucho, le sigue pareciendo muy bonita: très joli. Esa risa no brota de la alegría, no es aprobatoria, más bien desaprueba. Por eso se enfada el aviador.

Probemos por otra vía para entender a qué viene la risa. Dice Bergson que «reímos siempre que una persona nos da la impresión de ser una cosa» . Algo de esto hay, pero si fuese éste precisamente el motivo, el Principito habría reído antes. Habría reído cuando el piloto se identificó con su avión. No. Pienso que el Principito ríe en el momento oportuno. Ríe cuando el piloto responde "modestamente".

El texto francés es: -Oui, fis-je modestement . Fis-je. Saint-Exupéry podía haber empleado el verbo decir (dire). Pero no. Emplea el verbo hacer (faire) y ello porque, si mi interpretación es correcta, el aviador más que decir, "hace" un gesto de modestia, representa un papel. Y ese es uno de los modos en que se manifiesta la vanidad «que es una admiración de sí fundada en la admiración que se cree inspirar a los otros» . Es la falsa modestia, expresiva de verdadera vanidad, lo que hace reír al Principito.

Pienso que las líneas siguientes confirman esta interpretación. El Principito parece seguir el juego, parece aceptar el motivo de orgullo del aviador: venir del cielo, para preguntar ipso facto: ¿de qué planeta vienes? Poco después añade que

la verdad es que con eso no puedes venir de muy lejos... . Ahora bien, el Principito se ríe ciertamente de la vanidad del aviador, la risa es el castigo, pero la risa es también una llamada de atención, un intento de que el infractor se haga consciente y hacer así posible la corrección: «podría decirse que el remedio específico de la vanidad es la risa, y que el defecto esencialmente risible es la vanidad» .

El Principito no toma en serio la desgracia del aviador. La desgracia, la avería que provoca la caída, es la crisis necesaria para que se plantee la situación en que se encuentra la persona cuando se halla en mitad del camino de la vida. Con mucho camino recorrido, con una dirección marcada, con algunos errores más o menos importantes, pero aún con capacidad de decidir el camino futuro. La crisis es valiosa porque obliga a tomar determinaciones.

La crisis exige que el hombre mire su interior, sus posibilidades y sus realidades; en definitiva, exige observarse y elegirse. Por eso mismo, la crisis lleva consigo el peligro de regodearse en la contemplación de sí mismo. Así es como ciertas crisis generan egocentrismo, impiden la mejora y se instalan definitivamente en el modo de ser de ciertos hombres. Por eso el Principito no le hace caso: hay que analizar los datos del problema con la mirada puesta en la solución, no recrearse en la contemplación del problema. Finalmente, el Principito sacó mi cordero de su bolsillo y se concentró en la contemplación de su tesoro. Obsérvese que el tesoro del Principito (su tesoro) es el cordero del aviador (mi cordero). Recuérdese que el cordero era el símbolo de la creatividad.

En definitiva, hasta aquí se parte del deseo del aviador de moverse en el plano de lo valioso y se advierte del primer peligro: la vanidad, el egocentrismo. El darse cuenta de que se está en un plano superior a la mayoría de los hom-



bres y considerarse por eso superior a los demás. La risa del Principito hace notar que en el mundo del espíritu hay grados y que el aviador está al inicio (tú vuelas, pero con eso no puedes ir muy lejos: ¿de qué planeta vienes?...). No obstante, está en buen camino, por eso el Principito se concentra en la contemplación del símbolo de este mundo: el cordero.

El aviador ha captado ya que hay que esforzarse por dotar de sentido la vida propia. Eso es lo primero y, a partir de ahí, se puede estructurar bien el plano de lo utilitario (trabajo,...) de esta manera es posible tender a la plenitud personal. Por tanto, hay que aprender a moverse en ese plano. No basta con oír la llamada y querer seguirla: hay que aprender a andar.

2. La tarea de la libertad

Hemos visto cómo el aviador se encuentra en el plano de lo valioso, del espíritu. Se ha aludido a sus dificultades iniciales: regodearse de un modo malsano en la crisis vital que supone la conciencia de que lo utilitario no satisface, la vanidad de creerse superior por el hecho de conocer esta insuficiencia y sentirse por eso mismo inmerso en un plano superior.

Estamos ahora dando los primeros pasos en ese mundo. El primer dato que se descubre aquí es la libertad. No hay vida del espíritu sin libertad, ni libertad sin esfuerzo por cultivar la intimidad.

Cuando escribe que «intrigado por esa semi-confidencia sobre "los otros planetas", se esforzó por saber más» está hablando del temple que se requiere para lanzarse a la investigación en el mundo de lo valioso. La intriga, el asombro, la admiración, la curiosidad constituyen el talante propio del hombre que no se contenta con lo obvio.

Pero la admiración en este sentido, sólo surge cuando se ha abandonado la relación utilitaria con el mundo. El supuesto básico de la admiración es la no necesidad: la libertad. La vida del espíritu

requiere un estado que es admiración y ésta, a su vez, es posible gracias a la libertad. La libertad aparece así como el fundamento de la vida del espíritu.

Podría parecer que lo indicado es tan obvio que no sería necesario mencionarlo. Es casi como indicar que el aire es el supuesto básico de la respiración y, por ello, de la vida.

No viene mal recordar lo obvio. Además no es tan obvio qué sea la libertad, cómo es posible, en qué niveles se da y qué tipo de libertad es la que se requiere. La precisión que se hace en este capítulo es negativa. Se dice qué tipo de libertad no es la que permite avanzar en la vida del espíritu (lo cual no significa que sea una falsa libertad o que carezca de valor).

Una vez que el aviador realiza el esfuerzo por comprender, el Principito lleva la conversación hacia el cordero. El piloto propone dibujar una cuerda para atarlo.

En una primera aproximación parece que atar es lo contrario de dejar en libertad. Es esta una tesis frecuente cuya raíz hay que buscarla en la óptica que aún simboliza el aviador: la perspectiva reductivista que aún no está abierta plenamente al espíritu. Obsérvese cómo desde el plano simbolizado por el Principito esto no es así.

Libertad entendida como carencia de ataduras, como poder ir por "no importa donde". Así la concibe el aviador. El Principito señala que con esa concepción de la libertad "no se puede ir muy lejos".

No se puede negar que carecer de ataduras es sinónimo de poseer un cierto grado de libertad. Es la libertad del ave que no está enjaulada, del animal que no está atado y del hombre que no está en prisión. Es lo que en filosofía se denomina libertad de ejecución.

Pero la libertad ¿se reduce a eso? Realmente, con esta concepción de la libertad "no se puede ir muy lejos". Esta idea de la libertad es muy pobre. Nietzsche muestra gráficamente su insuficiencia: «¿Libre te llamas a ti mismo? Quiero oír tu pensa-

No hay vida del espíritu sin libertad, ni libertad sin esfuerzo por cultivar la intimidad.

miento dominante, y no que has escapado de un yugo» . Sacudir un yugo, romper una atadura es liberarse, pero eso no basta. Falta algo que llene de contenido esa formal indeterminación: «Si libero en un desierto a un hombre que nada siente, ¿qué significa su libertad? La libertad no existe sino para "alguien" que va a algún sitio. Liberar realmente a ese hombre consistiría en mostrarle la sed y señalarle la ruta hacia un pozo. Tan sólo entonces las acciones que se le propusieran revestirían un significado. Liberar una piedra no significa nada si no hay gravedad. Porque la piedra, una vez libre, se quedará inmóvil» .

La libertad es fundamental para moverse en el plano de lo esencial. Pero no la libertad de ejecución. Es otro el nivel de libertad que entra aquí en juego. La libertad de ejecución afecta a lo que el hombre hace, a su acción; es real, pero demasiado superficial.

La libertad de ejecución responde a la carencia de determinaciones en el plano de la acción. Pero hay un plano más profundo, precisamente el plano desde el que brotan las acciones. El plano de lo que se es. Un ejemplo sencillo puede ayudar a introducirnos en este difícil asunto. Pensemos en un alcohólico al que nada externo (ninguna ligadura) le impide beber. Goza de libertad, de libertad de acción o ejecución: puede llenar su vaso cuantas veces quiera. Sin embargo decimos que es esclavo de la bebida. Su obrar no está determinado (libertad de ejecución), pero su [modo de] ser sí lo está.

Hay que buscar la libertad específicamente humana en ese plano más profundo.

La libertad en su sentido más radical es una cualidad esencial al ser humano. El hombre, por la inteligencia, se hace cargo de la realidad. Y la realidad presenta una multitud de cualidades o aspectos. Es la inteligencia la que sitúa al hombre en esa inicial apertura. El hombre está abierto a la realidad.

La apertura pone al hombre en una situación de indeterminación frente a la reali-

dad. Ninguna de las cualidades que el hombre descubre en la realidad le mueve necesariamente. El hombre se encuentra inicialmente in-determinado, no forzado por la realidad. El hombre tiene, por eso, que elegir, seleccionar, optar por una de esas cualidades. Y eso es la libertad; el hombre es libre por ser su capacidad intelectual la que es. El hombre es libre por necesidad de su naturaleza intelectual.

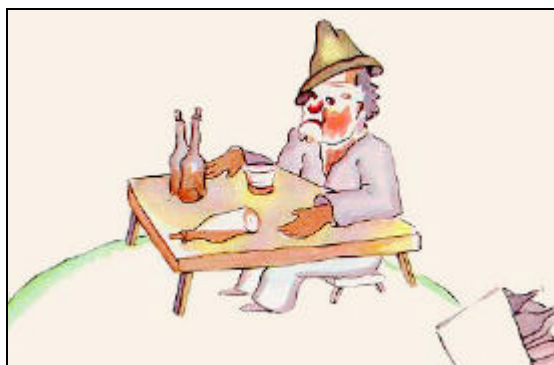
Ahora bien, no estamos siempre optando. No toda acción es fruto de una elección actual. Ocurre que el hombre en cada elección incorpora a su naturaleza esa opción que acaba de realizar. Naturaliza la libertad, incorpora la libertad a la naturaleza. Así modifica su naturaleza. Esa naturalización de la libertad es, de hecho, una determinación de su naturaleza. De modo que el hombre, después de elegir, ya no está tan indeterminado. Se determina a sí mismo e incorpora tal determinación a su naturaleza. La naturaleza es ahora menos indeterminada. Está más determinada y, por eso, más inclinada a realizar un determinado tipo de acciones, a obrar de un modo con preferencia sobre otro.

De modo que hay que concluir que el hombre, al elegir, ciertamente opta por responder ante una cierta cualidad de la realidad frente a otras, selecciona unos aspectos frente a otros igualmente reales. Pero simultáneamente el hombre va haciendo su propia naturaleza en cada elección; es decir, el hombre se elige. Elige lo que él es. Se hace a sí mismo.

La crisis a que se alude en esta obra pone al hombre ante lo que es. Le hace consciente de su itinerario vital: lo que ya ha ocurrido, lo que ya ha elegido y lo que ya ha vivido, en definitiva, lo que es. Y le obliga a elegir lo que quiere ser: lo

que puede hacer a partir de la situación a que ha llegado.

El pasado ha producido lo que somos (con nuestra intervención). El futuro y lo que seremos hemos de elegirlo hoy. Elegir lo que hemos de ser, ese es el privilegio y el riesgo del ser humano.



IV. El reduccionismo

Resumen. El aviador había aprendido una segunda cosa importante: el planeta de origen del Principito era apenas más grande que una casa.

Eso no le sorprendió pues sabía que había planetas pequeños. Cuando un astrónomo descubre uno de ellos, le da un número por nombre. El aviador está seguro de que el planeta del Principito es el asteroide B612, descubierto por un astrónomo turco que hizo una demostración de este descubrimiento en un Congreso Internacional de Astronomía. Pero nadie le creyó a causa de su vestido. Las personas mayores son así. Años después rehizo la demostración con un traje muy elegante y todo el mundo fue de su opinión.

Cuenta estos detalles a causa de las personas mayores. Ellos adoran las cifras. Son así. No hay que reprochárselo. Las niños han de ser muy indulgentes con las personas mayores.

«Pero quienes comprendemos la vida ¡nos burlamos de los números!». Le hubiera gustado comenzar esta historia como un cuento de hadas. Le hubiera gus-

tado decir: "Había una vez un Principito que vivía en un planeta apenas más grande que él, y que necesitaba un amigo...". Para quienes comprenden la vida, habría parecido mucho más verdadero.

No le gusta que se lea su libro a la ligera. Le apena tanto contar esos recuerdos. Hace ya seis años que su amigo se fue con su cordero. Si trata aquí de describirlo es para no olvidarlo. Es triste olvidar a un amigo. No todo el mundo ha tenido uno. Y puede acabar convertido en una persona mayor que no se interesa nada más que por las cifras: «Quizá soy un poco como las personas mayores. He debido de envejecer».

Comentario. En este capítulo se vuelve a insistir en la distinción entre el mundo de las personas

mayores y los niños. Muy gráficos son los ejemplos del distinto modo en que se ve un nuevo amigo, una casa bonita o la historia del astrónomo turco.

No obstante, no es una simple repetición de este motivo que, por otra parte,



Lo esencial es invisible a los ojos

estará presente en toda la obra. Aquí se introducen unos matices de gran interés. Hay un avance en la comprensión de la diferencia. Las personas mayores «son así. No hay que censurárselo. Los niños deben ser muy indulgentes con las personas mayores» .

Las personas mayores son así. Tienen una determinada visión de la vida o, dicho de otro modo, tienen un tipo de intereses. Saint-Exupéry lo expresa diciendo que adoran las cifras. La idea es que los aspectos cuantitativos de la realidad (los números, las cifras) son aquellos en que suele fijarse la persona mayor. Son aspectos reales. El problema no es el número. El problema es no ir más allá, no ver corderos detrás de las cajas y quedarse sólo con la caja. El problema no es tomar por verdadero algo falso, sino tomar por todo lo que sólo es una parte que, además, resulta no ser la mejor. Reductivismo. Ese es el problema.

Scheler lo ha visto muy bien cuando denuncia la general granjería en las cosas del espíritu, «la falta de seriedad para la profundidad de las cosas y de la vida, y en contraste con ello, la ridícula hiperseriedad y la cómica ocupación en aquellas cosas que pueden dominarse técnicamente con nuestra ingeniosidad» .

El dominio técnico se ejerce sobre ciertos aspectos de la realidad. La persona mayor se satisface con este dominio y cierra su mente a ulteriores indagaciones, se niega a seguir buscando la riqueza escondida en la profundidad de las cosas. De este modo limita su capacidad de asombro, de entusiasmo. No ve que el hombre despliega su riqueza interior en el esfuerzo, en la tensión por salir fuera de sí y hacerse con los objetos externos, sus posibilidades, su estructura, la diferencia cualitativa... finalmente, otros mundos

interiores, uno a uno semejantes al mío, en los otros hombres.

Esta reducción a los aspectos cuantitativos produce no sólo ceguera para lo espiritualmente valioso (no se entiende la belleza de la casa, o de la amistad si no es reduciéndolas a sus reales aspectos cuantitativos), sino también a una hiperseriedad ridícula (ridícula es la aceptación de la demostración del astrónomo sólo cuando va vestido de un determinado modo) que considera valioso sólo lo pragmático entendido como lo único que es serio e importante. Este reductivismo es tremendamente característico de las personas mayores. Sobre él hemos de volver repetidamente. Contra él veremos enfadarse al Principito: «Conozco un planeta en el que hay un señor carmesí. Jamás ha respirado una flor. Jamás ha mirado una estrella. Jamás ha amado a nadie. Jamás ha hecho otra cosa que sumas. Y todo el día repite [...]: "¡Soy un hombre serio!, ¡Soy un hombre serio!" y eso le hace hincharse de orgullo. Pero es un hombre, ¡es un champiñón!» .

Frente a las personas mayores, los niños son símbolo de la insaciable frescura de espíritu, de la tensión espiritual continua, del asombro; en definitiva, de la lucha por la conquista de cotas cada vez más altas de ilusión, creatividad,...

El niño es libertad. Y de eso hablamos en el capítulo precedente. Es elección de sí mismo. Es tomar las riendas de la propia existencia. Dirigir la vida porque se tiene claro a dónde se va. Todo eso es el niño. Libertad. Interioridad. Sentido de la existencia.

La irrupción del Principito supone un zarandear la existencia rutinaria de ese hombre que estaba convirtiéndose en una persona mayor. El Principito actúa de revulsivo. Le impele a tomarse en serio su propia vida. Pero vivir así no es fácil.



Lo esencial es invisible a los ojos

De hecho, la mayoría se deja llevar. La rutina mata la vida del espíritu, hace que los hombres se muevan por los caminos trillados. En cualquier momento se puede caer. Eso. Todo eso es lo que ve el aviador en este capítulo. Es el vértigo de la libertad. La libertad es la condición para la vida del espíritu. Pero la libertad hay que mantenerla. Y cuesta.

El esfuerzo ha de hacerse una y otra vez. Por eso hay que recordar al Principito. Recordar es volver a pasar por el corazón; es decir, re-vitalizar, re-vivir aquello que el Principito significa.

Recordar, no olvidar es condición necesaria para seguir en tensión.

El aviador es consciente en este capítulo de que eso cuesta, de que "es duro, a mi edad, volver a dibujar...

Quizá soy un poco como las personas mayores. He debido de envejecer".

Ahora el aviador comprende mejor que el ámbito del espíritu

que el Principito le abre es algo que debe conquistar con esfuerzo, nota el cansancio y entiende que otros hayan abandonado. Y ve que eso podría ocurrirle también a él. Por eso pide "indulgencia" con las personas mayores.

«Conozco un planeta en el que hay un señor carmesí. Jamás ha respirado una flor. Jamás ha mirado una estrella. Jamás ha amado a nadie. Jamás ha hecho otra cosa que sumas».